

“El precio de la esperanza”, por J. L. Snow

2a Edición Concurso Relato Corto

“Yacullay: Sed de DerechH20s”

Medicusmundi Araba

ADILAH

En cuanto escuchó el contenido murmullo del resto de mujeres del poblado reuniéndose en la polvorienta placita, Adilah se estiró el bajo del vestido y con un gesto espontáneo, agarró la vasija para el agua.

Su fibrado brazo, en un único movimiento y con una fuerza que, a simple vista, no parecía esconder, levantó la gran ánfora de latón para apoyarla posteriormente sobre su cadera. Apartando las coloridas cortinas que hacían las veces de puerta en la cabaña, dejó que los primeros rayos de sol del día acariciaran su cara.

Los ojos entrecerrados y algo parecido a una media sonrisa iluminaba su expresión.

- ¡Vamos Adilah! - le gritó en un susurro otra de las mujeres. ¡No seas perezosa! - y las carcajadas contenidas que acompañaron esta última frase dieron a entender, sin un atisbo de duda, que era una broma privada entre ambas.
- ¡Pero si llevo despierta desde hace un rato! ¡Ya me ha dado tiempo a recoger la ropa seca, Achta! - le respondió Adilah con el mismo tono, quedo y jocoso.

Mientras las chanzas y puyas amistosas se sucedían, más de una treintena de mujeres con garrafas o baldes para el agua y cestos enormes repletos de ropa se había reunido en el centro del poblado.

Ni un ruido. Ni un hombre. Algunos niños curiosos entre las faldas de sus madres.

Les esperaban dos duras horas de caminata hasta el estanque más cercano para recoger agua para el poblado. Otras dos de vuelta, hasta el mediodía, con la pesada carga sobre sus cabezas y hombros.

EDWARD

Para Edward, la única razón que le podría impulsar a dejar atrás su amado Londres era prestar ayuda a los demás. Fueron su altruismo y sus ganas de mejorar el mundo los que le hicieron, cronológicamente: cursar un máster de Cooperación para el Desarrollo en el King's College, afiliarse como cooperante en Ingenieros sin Fronteras, liderar un proyecto para llevar el agua potable a ciertos poblados desfavorecidos del norte del Chad y, por último, tomar ese avión hacia el aeropuerto internacional de Yamena.

Los ojos le brillaban al imaginar cómo cambiaría la vida de esas mujeres cuando contarán con grifos de agua potable en sus poblados.

Como siempre, Edward sabía que hacía lo correcto.

ADILAH

El tener a aquellos extranjeros en su poblado con sus tubos de metal, camiones, pieles níveas, cabellos claros y permanentemente jugueteando con los teléfonos provocaba una sensación realmente extraña en todos; en cualquier caso, los niños estaban encantados. Agua potable en el poblado... Sonaba maravilloso. Cuántas enfermedades podrían evitarse con ese tipo de instalaciones. Un paso enorme hacia una vida mejor... sobretodo, para los niños. Aún se encogía de dolor al recordar cómo su sobrino Siale había fallecido con sólo cinco años por culpa del agua que bebían. La fiebre se lo llevó rápido. Sin segundas oportunidades.

EDWARD

Cuando el primer chorro de agua brotó del grifo instalado en el centro del pueblo, las lágrimas brotaron igualmente de sus ojos. Esperanza líquida. Los niños gritando, alegres, a su alrededor. Las mujeres cantaban y bailaban. Les acababan de regalar un futuro sin disentería, tifus y tantos otros problemas derivados del consumo de agua sin las condiciones adecuadas. Se hizo muchos *selfies* con la gente del poblado. No quería olvidar sus expresiones de alegría; le darían fuerza para seguir su camino de esfuerzo y entrega a los demás.

ADILAH

Todavía no podía creer que tuvieran acceso al agua a diecisiete pasos de la puerta de su cabaña. Hacía ya seis meses que los extranjeros de la ONG había terminado la obra y no se acababa de acostumbrar. Pensaba todo esto dentro de su casa y quería alegrarse mucho más, pero una sensación agridulce amortiguaba la justificada felicidad. Ya no habría más paseos al alba con el resto de las mujeres del poblado. Ya no más complicidad secreta durante horas. No quedaría ningún espacio para la intimidad. Las mañanas en casa se hacían interminables. Sin un motivo justificado, no había razón para que sus maridos les dejaran salir de casa. Adilah, sola, miraba a través del ventanuco como los niños saltaban y reían alrededor del nuevo grifo. Veía su alegría presente y su mejor futuro. Una sonrisa se esbozó en sus labios, pero no en sus ojos.